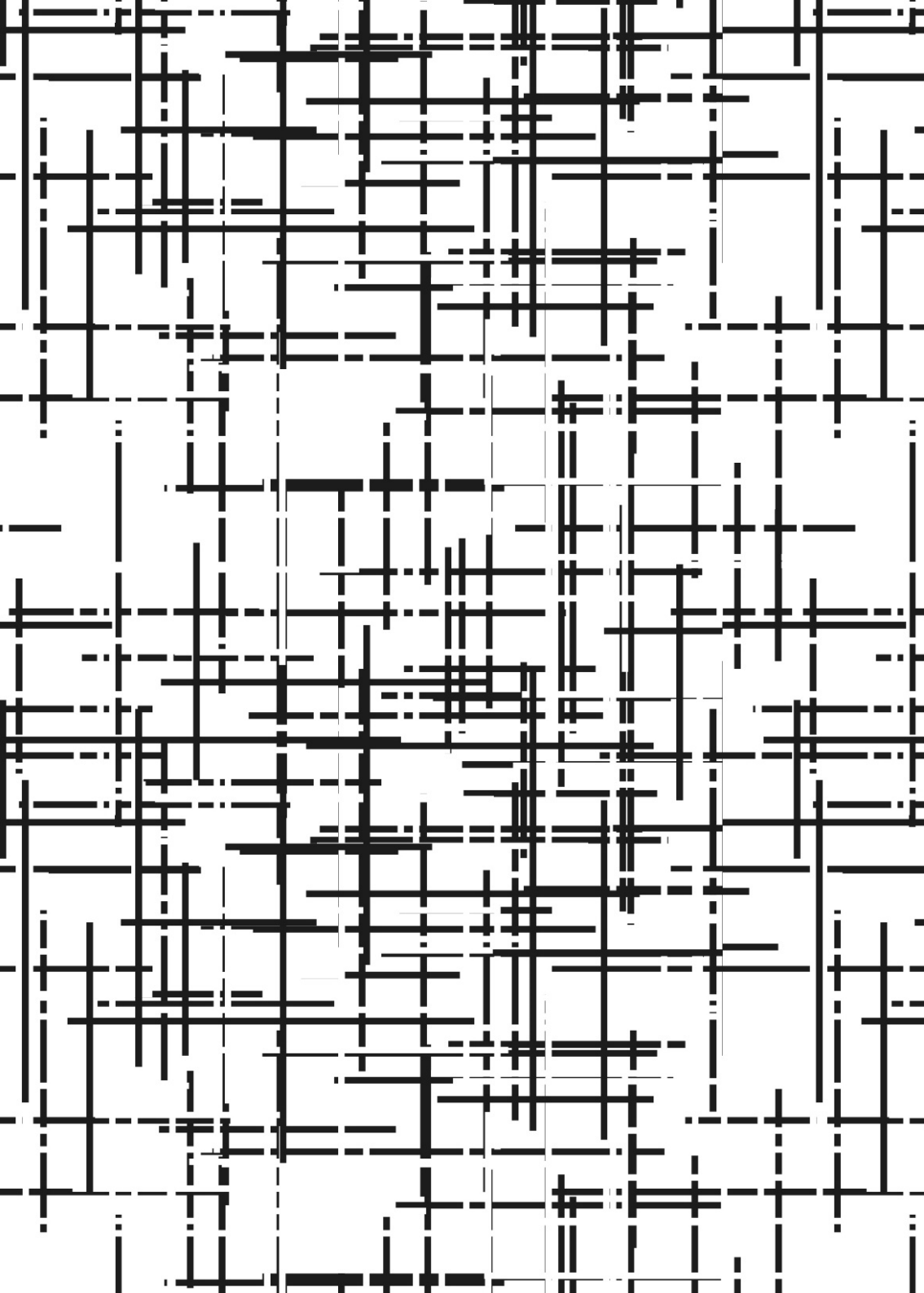




SOMBRAS TRAS LA NIEBLA

- © del texto: J. Ángel Heredero García
- © maquetación y diseño: Punto Rojo Libros, S.L.
- © portada: Punto Rojo Libros, S.L.
- © de esta edición:

Punto Rojo Libros, S. L., 2016

Cuesta del Rosario, 8

Sevilla, 41004

Teléfono: 911.413.306

WhatsApp: 622.843.306

info@puntorolibros.com

www.puntorolibros.com



Impreso en España • Unión Europea

Primera edición: julio 2016

ISBN: 9788416937158

ISBN eBook: 9788416937745

Reservados todos los derechos.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra».

J. Ángel Heredero García

SOMBRAS TRAS LA NIEBLA

PUNTOROJO
libros

—¿Que te has comprado un bar en la La Latina?

La chica se restrepó en el sofá, estirando a la vez su longilíneo cuerpo. Al súbito mal humor que le había provocado la llamada que había osado interrumpir su sagrada siesta de los viernes, le sucedió un estado curiosidad que pronto devino en excitación.

—Pero te habrá costado un pastizal, esa zona es carísima, ¿de dónde has sacado el dinero?

—¿Qué te han despedido?, ¡serán mamones!; la noticia, por sorprendente e inesperada había borrado todo rastro de somnolencia y hizo que saltara como un resorte.

—¡Joder!, doscientos mil pavos, por lo menos han sido generosos.

Terminada la conversación, Lorena llevó a cabo su habitual ceremonia de los viernes por la tarde. Su casa disponía de un largo pasillo, al final del cual estaba situado el cuarto de baño; desde el salón tenía que efectuar todo el recorrido y por el camino iba desprendiéndose de la ropa hasta llegar a la puerta que

toda ella era un espejo. Cuando llegaba se detenía brevemente a contemplar como la práctica asidua del deporte iba modulando su cuerpo.

—¡Síiiiiiii! —asentía satisfecha, dando un prolongado grito.

Un ventarrón molesto y frío se había adueñado de las calles estrechas del barrio, que hacía tintinear las farolas y jugaba con las hojas caídas de los árboles llevándolas de aquí para allá como si tuvieran vida propia. Ayudada por su GPS, se apeó en la parada del autobús justo antes de que pasara bajo el viaducto; andando un buen trecho alcanzó las escaleras que se hallaban al pie del mismo, subió tres tramos y llegó a una pequeña plaza. Todavía era pronto y el bullicio habitual de los bares de copas no había comenzado aún; transitó por varias calles desiertas con su vigoroso taconeo que retumbaba con sonidos huecos. La desolación y la mortecina luz amarilla de las farolas le encogieron un poco el ánimo, el ruido de coches de la cercana calle Segovia parecía muy lejano. Todo ello contribuía a que la sensación de frío fuera aún mayor. Pero ya faltaba poco para llegar, llegando a esa esquina torcería a la derecha y ahí tenía que estar; fue al hacer esa maniobra cuando un súbito y traicionero

golpe de viento le arrancó el gorro de lana de la cabeza. Volvió sobre sus pasos para buscarlo, durante un minuto anduvo deambulando entre los coches sin éxito y supuso que podría estar debajo de alguno de ellos, cuando estaba a punto de abandonar, empezó a percibir un fuerte olor muy desagradable.

La acera estaba ocupada por una figura enorme, cubierta de pies a cabeza con un pasamontañas que solo le dejaba al descubierto los ojos.

—Su gorro, señorita.— dijo extendiendo la mano cubierta de unos guantes rotos por donde asomaban los dedos de uñas mugrientas.

Ella dudó reticente durante unos instantes en regalarle el dichoso gorro y doblar de nuevo la esquina por la calzada, en vez de por la acera para evitar pasar al lado de él. Pero instintivamente, avanzó con resolución y cogió el gorro de sus manos, no sin tener que vencer cierta resistencia por parte del desconocido.

Al pasar le rozó ligeramente, el olor propio del desaseo, de consistencia rancia y ácida le provocó náuseas, pero eso fue todo. Doblando de nuevo la esquina, ante sus ojos apareció el bar de su amigo.

El bar y no sólo el bar, el lote incluía la vivienda que, de lejos, era lo mejor de la adquisición. Aunque

el edificio era antiguo, se notaba que había sido recientemente reformado y estaba en perfecto estado de conservación, el salón estaba decorado con gusto y las tres habitaciones estaban pintadas en diferentes colores, las paredes y el techo, en unos tonos pastel que dotaban a las estancias de una atmósfera cálida y acogedora. Por eso chocaba que la decoración del bar fuera tan diametralmente opuesta, no parecía que lo hubiera hecho la misma persona. En efecto, el tono general era bastante oscuro, Lorena comentó divertida que parecía un antro gótico y a ello contribuía la iluminación de lámparas “vintage”, que destilaban una mortecina luz amarillenta.

—Como los ojos de los zombies, ja,ja,ja.

—Pues mira oye, me acabas de dar el nombre del bar, “El Antro Gótico”.

El bar tenía dos plantas, la de abajo a base de arcos y bóvedas de ladrillo árabe estaba totalmente vacía, sólo en las paredes unas luces imitando a antorchas y a ella se bajaba por una escalera empinadísima, no apta para rodillas delicadas;. Daniel había pensado destinar esa parte a fiestas privadas o incluso poner algunos billares, pegaría bastante con el tono del local.

—Y mira lo que he encontrado esta mañana.
—Daniel la hizo una seña para que la siguiera.

Al fondo del sótano había una tarima de madera que, presumiblemente habría sido utilizada para actuaciones. Una de las tablas estaba rota y a través de ella se dejaba ver una especie de felpudo muy grueso.

Daniel retiró la tarima y el felpudo apareció rellenando un hueco rectangular, retirando el felpudo también apareció una trampilla metálica, con cuatro gruesas barras superpuestas listadas con un enorme candado cada una de ellas.

—Joder, pues sí que se tan tomado molestias para asegurar la trampilla, debe de pesar cada candado, por lo menos medio kilo. —dijo sopesándolos.

—Pues no te digo nada del grosor de la trampilla, mide por lo menos dos centímetros.

—¿Y las llaves?

—Ni idea, la agencia no me comentó nada, ya te he dicho que lo he encontrado esta mañana. Supongo que tendré que hablar con un cerrajero a ver si es capaz de abrir los cerrojos.

—Pues me parece una ganga lo que te ha costado.

—Esta es mi última locura, lo prometo.

—Tú has estado loco siempre, así que espero por tu bien que no sea la última, significaría que te habrías muerto, ja, ja.

La semana siguiente Daniel desplegó una actividad febril, los proveedores de hostelería estarían encantados de servirle. El anuncio demandando dos camareros para el local no tardó en ser respondido, el requisito de que parte del sueldo sería el alquiler de las dos habitaciones que tenía disponibles en la vivienda, resultó ser un gancho al que era difícil resistirse. Había decidido que contrataría chico y chica, y seguro que no le importaría compartir su vivienda con dos jovenzuelos, ya había vivido demasiado tiempo solo.

El jueves por la tarde, se presentaron los dos candidatos a los que Dani había llamado después de una breve y superficial selección. Vinieron juntos pues se conocían de la facultad y decidieron responder juntos a la solicitud de empleo.

Se trataba de dos veinte años; él, moreno y delgado de aspecto serio y formal; ella, de rostro agradable, piel muy blanca con pecas en los pómulos y la